



SEMANARIO POPULAR.

PERIÓDICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

Núm. 44.

JUEVES 8 DE ENERO DE 1863.

Los números del año forman un tomo de mas de 400 páginas de abundante lectura y preciosos grabados con una elegante cubierta.

4 CUARTOS EL NÚMERO.

Se publica todos los jueves y se remite á provincias el mismo día.
Se vende en los puntos de suscripcion

Tomo I.

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID un año 24 rs., seis meses 15.—PROVINCIAS un año 26 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO, CUBA Y PUERTO-RICO un año 50 rs.

SUMARIO.

LOS VIAJES Y DESCUBRIMIENTOS GEOGRÁFICOS.—CARDILLAC EL JOYERO.—LA RAMILLETERA DE VALDEMORO, por José María Cuervo.—LA COMISION CIENTIFICA DEL PACIFICO.—EL COLOR DE LOS HOMBRES.—LA JUVENTUD DE FELIPE II.—LA SERPIENTE EN LAS BELLAS ARTES.—EL AMOR PATRIO, por Angel Lasso de la Vega.—ACTUALIDADES.

LOS VIAJES Y DESCUBRIMIENTOS GEOGRÁFICOS.

El deseo de conocer el planeta que habitamos ha impulsado á los hombres desde la mas remota antigüedad á emprender viajes y expediciones lejanas. Los libros de Moisés nos cuentan las primeras emigraciones de la familia humana; en aquellas épocas remotas los patriarcas conducian sus ganados á tierras para ellos desconocidas, los árabes vagaban por sus arenas solitarias y los fenicios dedicados al comercio exploraban los mares mas distantes de su patria.

En épocas posteriores, Herodoto recorrió una gran parte del mundo conocido en su tiempo, el cartaginés Hannon realizó su Periplo é Hipócrates visitó los pueblos de la Scitia. Andróstenes, Nearco y Onesicrito visitaron las costas meridionales del Asia y Seleuco Nicanor penetró hasta el Ganges. Polibio visitó las costas del Africa hasta el monte Atlas y Eudoxio de Cirica trató de dar la vuelta al Africa por el Oeste. Mas tarde Pitheas de Marsella navegó por los mares de la Scandinavia determinando la posicion del cabo Calbium (Finisterre) y la de Albion (Inglaterra). Estrabon visitó las islas Británicas y otros países del Norte é Hipalo determinó la navegacion de la India por el golfo arábigo. Plinio tuvo algun conocimiento del Thibet, fijando el estremo oriental del mundo en la embocadura del Ganges; además conoció algo de las islas Orcadas y la Scandinavia, y llamó golfo Codan al mar Báltico. Tolomeo co-

noció en Europa el Vístula y el Volga, en el Africa el Níger y probablemente el reino de Siam en el Asia. En los primeros siglos de la era cristiana una multitud de viajeros, la mayor parte monges, se esparcieron por todo el mundo antiguo para llevar la luz del Evangelio á países desconocidos; estos monges escribieron sus viajes, pero desgraciadamente se ha perdido la mayor parte de ellos. En el siglo IV comienzan las peregrinaciones á la Tierra Santa; en el VI tenemos el itinerario de Antonino. En el VIII los viajeros árabes nos dan noticia de los mares de las Indias, de una parte del Africa y del Norte del Asia; conocieron además la China y sostuvieron con ella un comercio importante.

En el siglo IX los normandos empezaron sus numerosas expediciones y conquistas; en el año 812 conquistaron la Escocia; en el 830 la Irlanda; las islas Feroer fueron descubiertas por los mismos en 868; en 870 el pirata Nadod descubrió la Islandia. En el año 888 el escandinavo Other emprendió un viaje de descubrimiento alrededor del cabo Norte hácia Biarmia y el país del lado de allá del Dwina. El descubrimiento de las islas Hébridas tuvo lugar en 890 y el de las de Shetlands en 964; ambos fueron hechos por los normandos. El islandés Gumbiorer descubrió la Groenlandia en 970 y su costa oriental fue descubierta en 982 por el islandés Erick Rauda; desde poco despues de esta época hasta el año 1418 la Groenlandia fue un país que estuvo muy poblado y floreciente y que contaba muchas ciudades. Parece fuera de toda duda que en los primeros años del siglo X los intrépidos navegantes de la Scandinavia habian llegado á la América, descubriendo varios países de ella á los que dieron los nombres de Helluland, Markland, y Vinland; estos países se supone con bastante fundamento que eran la Nueva Escocia, el Nuevo Brunswick y el bajo Canadá. En el año 1253 hizo Ruiskbroek un viaje de exploracion por el desierto de Gobi; poco tiempo despues de 1260 á 1294 tuvieron lugar los viajes de

Nicolás, Mateo y Marco Polo por la China, la India y las islas orientales. Las islas Canarias fueron descubiertas por navegantes genoveses y catalanes en 1340. Estotiland, la actual Terranova, fue descubierta en 1390 por los venecianos Antonio y Nicolás Zeno; Puerto Santo en 1438 por los portugueses Tristan Vaz Teixeira y Juan Gonzalez Zarco; la isla de Madera en 1420 por los mismos; las Azores fueron descubiertas en 1432 tambien por portugueses. El cabo Blanco fue descubierto en 1440 por Nuño Tristan y Antonio Gonzalez; el Senegal y el cabo Verde, ambas en 1447 por Dionisio Fernandez, español; las islas del cabo Verde fueron descubiertas en 1456 por el veneciano Aloiro de Cadamosto; en 1462 la costa de Guinea desde Sierra Leona hasta el cabo Mesurado fue descubierta por Pedro de Cintra; en 1471 la costa de Oro hasta el cabo de Santa Catalina por los portugueses Juan de Santarem y Pedro Escobar; en el mismo año el portugués Fernando Pó, descubrió la isla que lleva su nombre y al año siguiente fueron descubiertas las islas de Annobon, San Thomas y Príncipe en la costa occidental de Africa. Unos portugueses tambien en union con Martin Behaim, de Nuremberg, fueron los que en 1484 descubrieron el Congo y el rio Zaire (el rio Pedrao); en el mismo año descubrieron el país de Benin; en 1485 el cabo Negro y Bengala y en 1486 el cabo de Buena Esperanza. El portugués Alonso de Paiva descubrió en 1480 la Abisinia y viajó por ella, habiendo estado en el Cairo. Pedro de Covilhao descubrió Madagascar en 1490 y viajó por Alejandria, Suez, Aden, Goa, Kalikut y visitó las minas de oro de Sofala.

Despues de estos descubrimientos Cristóbal Colon hizo el primero de sus grandes viajes y en la noche del 11 al 12 de octubre de 1492, descubrió la isla de San Salvador en América, el 27 de octubre la de Cuba y el 3 de diciembre la isla de Haiti ó Hispaniola, la actual Santo Domingo. Colon hizo en 1495 su segundo viaje, en el cual descubrió la Dominica, luego María Galante, Guadalupe, Monserrat, San

Ayuntamiento de Madrid

Cristóbal, Antigua, Santa Cruz y otras varias islas. En 1496 descubrió la Jamaica, Puerto Rico, Labrador y otras y de 1496 á 1497 fueron descubiertas las costas de Tierra Firme de la América septentrional hasta la Florida por los venecianos Juan y Sebastian Gavotti, llamados impropriadamente Cabot. En el año 1497 el portugués Vasco de Gama descubrió la isla de Santa Elena doblando despues el cabo de Buena Esperanza y visitando la costa oriental del Africa.

En los años 1498 y 1502 hizo Colon su tercero y cuarto viaje; descubrió la Trinidad, la costa de Paria y Cumana, la isla de las Perlas (Margarita), la Martinica y la costa entre Trujillo y el golfo de Darien. La costa oriental de la América del Sur fue descubierta en 1499 por Vicente Yañez Pinzon, el que penetró hasta mas allá del Ecuador. Americo Vespucci descubrió en el mismo año la costa Norte de la América meridional. Gaspar de Corte Real y Alvaro Martens descubrieron en 1500 la costa del Labrador hasta los 60° de latitud Norte. Pedro Alvarez Cabral, portugués, descubrió el Brasil en 1500, habiendo sido arrojado allí por una tempestad. Vasco de Gama hizo en 1502 su segundo viaje á Mozambique, Sofala y Malabar. Vasco Núñez descubrió en 1504 la Guayana y el país entre el rio Orinoco y el de las Amazonas. En el año 1506 Juan Denis hizo la carta de Terranova, llamándola tierra de Bacalaos y de esta época data el establecimiento de esta pesca. El africano Juan Fez que en 1491, siendo muchacho, había ido á Fez, fue en 1510 al monte Atlas, atravesó el Sahara, visitó la Arabia, la Persia, la Tartaria, la Armenia, la Siria y el Egipto, haciendo una descripción exacta de todos estos países. La Florida fue descubierta en 1512 por el español Ponce de Leon y el mar del Sur lo fue en 1513 por Vasco Núñez de Balboa, también español, que pasó por el estrecho de Darien. Perez de la Rúa, español, descubrió el Perú en 1515 y Diaz de Solís, también español, descubrió el Rio de la Plata en el mismo año y Rio de Janeiro en 1516. Fernando Perez descubrió en 1516 la China y las islas Lieu-kieu, y la costa de Nueva-España desde el cabo Catoche hasta Veracruz fue descubierta en 1519 por el español Juan de Grijalva.

En esta época empiezan ya los viajes alrededor del mundo; en el año 1519 Sebastian Elcano, Fernando de Magallanes y Pigaffeta salieron de España, pasaron el invierno en la bahía de San Julian en la costa de Patagonia y por el estrecho llamado despues de Magallanes, llegaron al Grande Océano. En 1521 descubrió Magallanes las islas de los Ladrones y las Filipinas, desembarcó en la isla de Mindanao y en Zebu, siendo muerto en esta última por los naturales. De los cinco buques que habían ido en la expedición solo el mandado por Elcano volvió á Europa pasando por el cabo de Buena Esperanza; en este viaje tardó tres años y catorce días, regresando con toda felicidad. España tiene el honor de contar entre sus hijos estos navegantes atrevidos que por primera vez dieron la vuelta al mundo; porque el viaje de Elcano fue seguido de otros en 1524, 1534, 1537 y 1542 hechos por diferentes marinos.

En los años de 1577 á 1580, el inglés Francisco Drake, dió también la vuelta al mundo, siendo el primer inglés que hizo este viaje. En los años desde 1577 hasta 1587, se hicieron muchos descubrimientos en Groenlandia, en la América del Norte, en la parte oriental de la Siberia hasta Kamchatka, en las Indias, y se descubrió el estrecho de Davis y el de Cumberland.

En el año 1586 el inglés Tomás Cavendish, dió la vuelta al mundo descubriendo la Patagonia y algunos otros países.

En los años de 1593 á 1596, emprendió el inglés Ricardo Hawkins, su viaje alrededor del mundo, en el que descubrió las islas de Falkland.

Oliverio van Noort fue el primer holandés que emprendió un viaje alrededor del mundo; su expedición se verificó de 1598 á 1601; poco

despues de este viaje se creó la compañía de comercio de Holanda. En 1599 Sebald van Weert, navegó por el grande Océano; en el mismo año el inglés Andrés Battel, visitó Benguela y Angola y el español Pedro Sarmiento de Gamboa, exploró el interior de los países descubiertos por Magallanes. En el año 1660 tuvo lugar la creación de la compañía inglesa de las Indias orientales, el descubrimiento de la isla de Juan Fernandez, los viajes de los holandeses Pablo de Caerden á las Indias orientales y de Spilberg y Harmansen á Bengala y á la península del lado de acá del Ganges. En 1603 el inglés Francisco Cherry emprendió un viaje de descubrimiento al Norte, pero no halló en él mas que una isla que ya Baarenz había descubierto en 1596 dándole el nombre de Isla de los Osos. En el año 1606 el español Pedro Hernandez de Quirós, hizo un viaje desde Callao, por el Océano Pacífico para buscar un gran país austral; en este viaje descubrió muchas islas entre otras la de Otaheiti y la tierra del Espíritu Santo; á este mismo español se le debe el primer conocimiento de las islas de la Sociedad y de las Nuevas Hébridas.

(Se continuará.)

CARDILLAC EL JOYERO.

I.

Durante el reinado de Luis XIV había en la calle de San Honorato de París una pequeña casa habitada por la señorita de Scuderi célebre poetisa tan conocida por sus producciones literarias como por lo que la había distinguido el rey y la alegre marquesa de Maintenon.

Una noche del otoño de 1680 se oyeron fuertes golpes á la puerta de la casa, los cuales resonaron por todo el corredor. Bautista, el criado que en esta pequeña morada representaba el papel de cocinero, lacayo y portero, había ido con permiso de su ama, á su país para asistir á la boda de su hermana, por lo cual sucedió que la señora Martinieri doncella de la señorita de Scuderi, estaba sola y era la única persona que había en la casa. Oyó que llamaban repetidas veces en cortos intervalos y en el momento se la ocurrió que Bautista estaba ausente y que ella y su señora se hallaban completamente indefensas contra cualesquiera que quisiera entrar en la casa. Todas las historias de puertas forzadas, de robos y sobre todo de asesinatos, entonces tan frecuentes en París, se agolparon á su imaginación y quedó casi convencida de que alguna cuadrilla de asesinos sabedores de que se encontraban solas era la que iba á llamar allí. Creía que si se les permitía entrar cometerían indudablemente algun crimen horrible, por lo que la señora Martinieri permaneció temblando de terror en su propio cuarto y deseando que Bautista estuviese ya de vuelta.

Entretanto continuaban llamando y parecía como si oyese una voz que exclamaba por intervalos; ¡abrid la puerta! ¡por el amor de Dios, abrid la puerta! Por último á pesar de su grande agitación la señora Martinieri cogió una luz y se dirigió hácia el corredor que conducía á la puerta desde donde oyó claramente la voz del desconocido que repetía en tono angustiado y vehemente; ¡por el amor de Dios, abrid la puerta!

A la verdad que ningun ladrón hablaría de este modo, pensaba la señora Martinieri; ¿quién sabe si será algun pobre hombre, perseguido que busca la protección de mi señora sabiendo cuan inclinada es á socorrer á los desgraciados? pero yo seré prudente; y al decir esto abrió una ventana que daba á la calle y gritó: ¿quién está ahí á una hora tan desusada alborotando la calle y quitando el sueño á todo el mundo? Al hablar así trataba de dar á su voz un sonido varonil en cuanto le fuera posible, cosa no muy difícil porque su voz no era de las mas dulces.

Al resplandor de la luna que en aquel momento se manifestaba entre nubes, percibió

una figura alta y delgada, cubierta con una capa de color gris claro y con un ancho sombrero que ocultaba todo su rostro. Creyendo intimidarle empezó á dar voces dentro de la habitación pero de modo que el desconocido lo oyera diciendo: ¡Bautista! ¡Claudio! ¡Pedro! ¡Despertaos á ver que es esto! Aquí hay un vagabundo que está llamando como si quisiera echar abajo la casa. Pero una voz suave y doliente la contestó:

—Martinieri, se bien que sois vos, aunque trateis de fingir otra voz, sé tambien que Bautista ha ido á su país y que vos estais sola con vuestra señora. No temais, abridme la puerta; no tengais temor alguno, pero es absolutamente indispensable que yo vea á la señorita de Scuderi y que la hable sin perder ni un momento.

—¿Qué estais diciendo? contestó Martinieri con cólera ¿quereis hablar con mi señora á media noche? Haced el favor de tener en cuenta que hace largo tiempo que está durmiendo y que ni por el mundo entero iria yo á turbar su reposo tan necesario para su género de vida.

—Al contrario, contestó el hombre desde abajo; sé muy bien que en este momento vuestra señora acaba de dejar el manuscrito de una novela en que trabaja noche y dia; sé tambien que se ocupa en escribir unos versos que piensa leer mañana en el tocador de la marquesa de Maintenon; en una palabra sé que está aun despierta y os suplico, señora Martinieri, que tengais compasión de mí y me abrais la puerta; porque tened entendido que de esta entrevista depende el que un hombre desgraciado se salve de su completa ruina. Su honor, su libertad y su vida están comprometidos y quedará perdido para siempre si no puede hablar directamente con vuestra señora. Reflexionad tambien que vuestra noble ama no os perdonaria jamás si supiera que por vuestra obstinación había sido despedido desde la puerta un ser desgraciado que en su desesperación venia á pedirle auxilio.

—Pero ¿por qué razón, dijo Martinieri, quereis apelar á la compasión de mi señora á una hora tan avanzada de la noche? Venid mañana á una hora á propósito y entonces veremos que se puede hacer.

—¡Cómo! exclamó el desconocido ¿quereis que la desgracia que nos hiere á los pobres mortales con la inesperada rapidez del relámpago, vaya á contar por horas y por minutos? Cuando la posibilidad de la salvación puede perderse en un momento, ¿se ha de retardar el auxilio porque sea media noche en vez de ser medio dia? Abrid la puerta y no temais nada de un pobre desgraciado que abandonado del mundo y confundido por su suerte cruel quiere implorar la protección de vuestra ama para libartarle de los peligros que le amenazan.

Martinieri conoció que al desconocido le faltaba la voz al pronunciar estas palabras y que casi lloraba y sollozaba; además le pareció que el sonido de su voz era el de la de una persona joven. Su corazón se enterneció de tal modo que sin reflexionar mas se fué á buscar la llave de la puerta.

Pero apenas la hubo abierto cuando una estraña figura envuelta en una larga capa penetró en la casa y cortando el paso á la doncella gritó en voz alta en el corredor; ¡llevadme directamente á la presencia de vuestra señora! Martinieri muy asustada cogió la luz y trató de ver si podía reconocer las facciones del desconocido; el resplandor de la luz iluminó el rostro mortalmente pálido y agitado de un hombre muy joven. La doncella estuvo á pique de caer al suelo de terror cuando vió que el desconocido echando á un lado su capa dejó descubierto el puño brillante de una daga que llevaba en su cinturón. Los ojos del joven parecían arrojar fuego sobre la pobre doncella al mismo tiempo que la decia con voz aun mas terrible:

—¡Conducidme, os digo, á donde está vuestra señora!

Martiniere estaba completamente persuadida de que su señora se hallaba en un peligro inminente y el cariño que la profesaba, que era casi una veneración y un respeto filial, la hizo dominar todos sus temores dándole un grado de valor de que en otro caso hubiera sido completamente incapaz. Súbitamente cerró la puerta de la habitación se colocó delante de ella y con el tono de voz de una persona firmemente resuelta exclamó:

—A decir verdad, vuestra insensata conducta aquí dentro corresponde mal á las humildes súplicas por las cuales me he dejado engañar tan temerariamente. En cuanto á mi señora, estad cierto que no la hablareis de este modo ni teneis derecho alguno de hacer tal súplica; porque si vuestras intenciones son realmente buenas, no hay motivo alguno para que temais la luz del día. Por lo tanto, venid mañana y sereis escuchado; pero por el momento ni una palabra mas; salid de esta casa, andad.

El desconocido lanzó un largo y profundo suspiro y fijando una terrible mirada en la doncella echó mano al puño de su daga; Martiniere creyó que había llegado su última hora y se encomendó en silencio á Dios, mas sin embargo, permaneció firme mirando frente á frente y de un modo atrevido al jóven y arriándose mas aun á la puerta de la habitación por la cual era necesario pasar para llegar al cuarto de la señorita de Scuderi.

—Dejadme ir á ver á vuestra señora, os digo una vez aun, exclamó el desconocido, ó de lo contrario tendreis motivo para arrepentiros de vuestra conducta cuando sea demasiado tarde.

—Haced lo que querais, replicó Martiniere, yo no me moveré de este lugar; ejecutad los malos designios por los cuales habeis venido aquí, pero tened en cuenta que vos y vuestros cómplices tendreis algun día una muerte vergonzosa en un cadalso.

—¡Ah! es verdad, dijo el jóven con voz terrible, teneis razon, Martiniere, la suerte que me espera es en efecto oscura y desgraciada, pero en cuanto á mi cómplice os digo que él quedará en salvo y no será sospecho.

El desconocido pronunció estas palabras echando miradas sobre la pobre mujer y sacando al mismo tiempo su daga.

—¡Dios tenga misericordia de mí! exclamó la pobre mujer creyendo que iba á metérsele en el corazon, pero en el mismo instante se oyó ruido de armas en la calle y se sintieron pasos de caballos.

—¡La guardia, la guardia! ¡socorro, socorro! gritó Martiniere.

—¡Mujer cruel! exclamó el desconocido, habeis resuelto mi perdicion. Ahora todo se ha perdido y la oportunidad ha pasado ya; pero tomad esto y dádselo á vuestra ama esta noche si es posible y sino mañana, si no quereis hoy; en cuanto á mí el tiempo me es indiferente. Al decir estas palabras en una voz muy baja, el desconocido le había quitado la luz á Martiniere y despues de haberla apagado la obligó á que tomara una cajita que la puso en la mano.

—Por la salvacion de vuestra alma, os suplico, Martiniere, la dijo, que entreguéis esta caja á vuestra señora. Dicho esto dió una vuelta y salió precipitadamente á la calle.

Entretanto Martiniere estaba tan aterrada no sabiendo que era lo que él iba á hacer que cayó al suelo medio desmayada. Levantóse con dificultad y encontró á tientas el camino de su cuarto donde confusa y exhausta se dejó caer en una silla; pero fue súbitamente sacada de este estupor por el sonido áspero y desagradable que hacían dando vueltas á la llave que ella en su terror había dejado puesta en la cerradura de la puerta de la calle. Poco despues oyó que la cerraban completamente y sintió pasos lentos como los de una persona que buscaba á tientas el camino de su cuarto. Su consternacion fue mayor que nunca y se quedó sentada é inmóvil esperando algun acontecimiento terrible, hasta que se abrió la puerta y

al resplandor de una pequeña lámpara, reconoció al honrado Bautista, mortalmente pálido y en un estado de grande agitacion.

—Por amor de todos los Santos, exclamó Bautista, decidme señora Martiniere, que es lo que ha sucedido. ¡Oh! ¡que terror he pasado! No sé la razon, á decir verdad, pero un presentimiento me hacia dejar la boda esta noche, de modo que antes que los demás, empecé el camino de casa, y por último, llegué á nuestra calle. Ahora, me decia á mi mismo, Martiniere se despierta fácilmente, me oirá y de fijo me abrirá con solo que llame suavemente á la puerta de la calle. Pero antes de que yo hubiera llegado aquí me encontré con toda la tropa de vigilancia compuesta de caballeria y de infanteria, armada hasta los dientes. Al momento me cogieron preso y á pesar de todas las razones que alegaba, no me quisieron dejar marchar, pero Desgrais que me conoce bien, estaba afortunadamente entre ellos, y cuando me acercaron las linternas á la cara para reconocermé, me dijo: ¿Cómo es eso Bautista, adonde vais paseándoos por la oscuridad? Mas bien debiais estar en vuestra casa guardándola como un hombre cuidadoso. A decir verdad, no es conveniente para vos ni para nadie el estar en la calle esta noche, porque estamos resueltos á no dejar pasar á nadie á quien no conozcamos para coger preso á uno á quien buscamos y que estará en nuestras manos antes de romper el día. Podeis figuraros Martiniere, cuanto me alarmarian estas palabras y cuán persuadido quedaria de que se había descubierto nuevamente algun crimen horrible; pero como iba á deciros precisamente cuando yo llegué á la entrada de casa, un hombre envuelto en una larga capa gris, pasó bruscamente á mi lado llevando una espada desenvainada en la mano; no pude mirarle bien porque pasó muy de prisa. Al entrar aquí vi que había dejado abierta la puerta de la calle y que la llave estaba aun en la cerradura; ahora bien, decidme ¿qué significa todo esto?

Martiniere que estaba ahora un poco mas tranquila, le contó todo lo que había sucedido; ella y Bautista fueron juntos á reconocer el corredor donde no hallaron nada mas que el candelero que estaba en el suelo tal como lo había dejado caer el desconocido cuando había huido. «Segun lo que me referis, dijo Bautista, es demasiado cierto que nuestra ama hubiera sido robada y probablemente asesinada. El hombre que vos me decís sabia que estabais completamente sin defensa, mas aun que nuestra ama estaba despierta y que se ocupaba en escribir. Sin duda alguna era uno de esos malditos malvados que se introducen en las casas y llegan á enterarse de todas las circunstancias que pueden servirles para la ejecucion de sus abominables planes. En cuanto á la cajita, mi opinion es que debemos echarla en lo mas profundo del Sena, porque ¿quién puede decir que no hay algun monstruo que atente contra la vida de nuestra ama y que cuando ella abra la caja no caerá muerta como el anciano marqués de Tournay cuando rompió el sello de una carta que habían recibido de una mano desconocida.

Despues de una larga consulta los dos fieles criados resolvieron, por último, referir á su señora todo lo que había pasado, entregándola al mismo tiempo la misteriosa cajita que indudablemente se abriria aunque no sin ciertas precauciones regulares. Habiendo reflexionado maduramente sobre todas las circunstancias referentes á la estraña aparicion del desconocido convinieron en que el asunto era de demasiada trascendencia para que ellos le decidieran y que debian, dejar el descubrimiento de este misterio á cargo de su sabia y entendida señora.

II.

Antes de seguir adelante en nuestra historia debemos decir, que el temor de Martiniere á un asesinato y de Bautista á un envenenamiento, no carecian completamente de razon. En aquel período París era teatro de las esce-

nas mas terribles; el crimen de asesinato secreto era entonces muy comun y cada dia casi se aumentaba la lista de las personas que habían perecido por medio de venenos que no dejaban vestigio alguno y que al mismo tiempo producian unos síntomas tan nuevos é inauditos que los médicos eran completamente incapaces de curarlos y no hacian mas que atribuir la muerte del paciente á los impenetrables secretos de la Providencia. La Voisin, Brinvilliers y otros habían espiado sus crímenes en el cadalso y los asesinos que empleaban secretamente el veneno, no eran tan comunes, cuando hubo un suceso que mas que nunca llenó la ciudad de terror y de asombro. Una cuadrilla de malvados pareció haberse unido con el objeto de apoderarse de toda la joyería que había en París; apenas había una persona cualquiera que comprase algun rico aderezo, cuando por muy bien que lo guardara desaparecia de una manera incomprensible; pero lo que era aun mas intolerable, es que cualquiera que se atreviera á salir por la noche llevando joyas en su persona, era atacado en las calles ó en los puntos donde había árboles y completamente despojado y aun cuando algunos libraban su vida, era raro que pasara una semana entera sin que se cometieran varios asesinatos. Los que eran bastante afortunados para sobrevivir á un ataque tal, declaraban que habían recibido un golpe tan fuerte en la cabeza, que los había derribado al suelo, porque era irresistible como un rayo, y que al volver del atolondramiento que los había producido se habían encontrado robados, y en un estado completamente distinto de aquel en que se encontraban antes de haber recibido el primer golpe. Por otra parte, las personas asesinadas, algunas de las cuales se encontraban casi siempre al otro dia en las calles ó en la entrada de las casas, tenían todas la misma herida; es decir, una puñalada en el corazon, que segun la opinion de los cirujanos, debía haberlos matado tan instantáneamente, que la persona herida así, caeria en el momento sin vida y sin lanzar un grito ni un gemido.

Ahora bien, en la suntuosa y alegre corte de Luis XIV, ¿quién era el jóven de clase elevada ó por lo menos regular, que no tuviera alguna intriga amorosa y que no se deslizase á última hora por las oscuras calles, llevando frecuentemente ricas joyas como regalo á su amante? Parecia que los asesinos tenían correspondencia directa con el diablo, para saber dónde y cuándo había ocasion de que dieran un golpe de esta clase. Sucedia muchas veces que á la víctima no le era permitido llegar al teatro de sus aventuras de amor; otras veces, el hombre que llevaba tales joyas, era asesinado á la entrada de la casa ó delante de la puerta de la habitación de su misma amada, que á la mañana siguiente descubria con horror el cuerpo pálido y ya cadáver del que había sido su amante.

En vano Argenson, el ministro de policía, dió orden de que se arrestara á cualquier individuo cuya apariencia fuese sospechosa en algun modo; en vano el vehemente La Regnie, lleno de cólera trataba de arrancar la confesion por medio de la tortura; en vano fue tambien el duplicar el número de los vigilantes nocturnos; en ninguna parte se pudo descubrir huella alguna de los criminales. Unicamente la precaucion de ir completamente armado y acompañado de hombres llevando antorchas, parecia producir algun efecto, sin embargo, hubo algunas veces, en las cuales los de las antorchas, no hallándose muy bien armados fueron puestos en confusion por las grandes piedras que los arrojaban, mientras que su amo era generalmente robado y asesinado. Una de las cosas mas notables era, que á pesar de las investigaciones mas minuciosas en todos los puntos en que había comercio de pedrería, jamás se supo que ninguna de las piedras buscadas se hubiera llevado allí para vender; en una palabra, todos los medios ordinarios empleados por la justicia para descubrir los delitos, eran completamente infructuosos.

Desgrais, el jefe superior de policía se halla-

ba fuera de sí de cólera, al ver que los malos habían logrado escaparse burlando su plan y su astucia. Es verdad que el distrito de la ciudad en que él estaba (que se creía en general que era el más inquieto) había carecido de estas escenas ó las había tenido en una escala mucho menor, al paso que en otros distritos que se consideraban menos espuestos á estas desgracias, apenas pasaba noche alguna en que los ladrones y asesinos no encontrasen nuevas víctimas. En estas circunstancias, Desgrais imaginó un artificio á saber: multiplicar su propia identidad personal; en una palabra, vestir á diferentes individuos de un modo exactamente igual al suyo y que imitaran también su porte, voz, figura y modales, que ni la misma patrulla supiera quien era el verdadero

Desgrais. Entre tanto, él acostumbraba á vigilar completamente solo, á riesgo de su vida, en las calles más retiradas, de las cuales salía de vez en cuando para seguir cautelosamente á cualquier individuo que por su apariencia le hiciera creer que llevaba sobre su persona algún objeto de valor. La persona á quien seguía así no era molestada jamás, lo cual hacía comprender, que los asesinos debían haber sido plenamente instruidos de este plan, y por lo tanto Desgrais se hallaba en un estado de absoluta desesperación.

Por último, una mañana se presentó al presidente La Regnie, pálido, descompuesto, y á decir verdad, casi fuera de sí.

—¿Qué hay de nuevo? le dijo el presidente, ¿qué noticias traeis? ¿Se ha descubierto algo?

—Vuestra Escelencia, dijo Desgrais tartamudeando por la agitación que tenía, Vuestra Escelencia ha de saber, que anoche, no lejos del Louvre, el marqués de La Fare, fue atacado en presencia mía.

—¡Ah! exclamó La Regnie, ¡entonces los tenemos ya!

—Escuchad, escuchad, dijo Desgrais con una sonrisa amarga, escuchad solamente como sucedió: Yo me hallaba en el Louvre dominado por sentimientos que no son para envidiados, esperando á ver si se presentaban esos demonios que se han burlado de nuestros esfuerzos durante tanto tiempo. Entonces vi un transeunte, que con andar incierto y volviendo siempre la cabeza atrás, como si observara á alguien que le seguía, pasó á mi lado sin repa-



Cardillac el joyero.—Un desconocido intenta penetrar en la habitación de la señorita Seuderi. (Cap. I.)

rar en mí; á la luz de la luna reconocí al marqués de La Fare, yo seguí observándole desde el punto en que me hallaba; sabía muy bien adonde y á qué iba. Apenas había dado diez ó doce pasos mas cuando se presentó un hombre que parecía salido de la tierra, y atacando al marqués le derribó al suelo. Sin reflexionar nada y vencido por el impulso del momento, que parecía prometerme que el asesino caería al fin en mis manos, lancé un fuerte grito creyendo que con un salto atrevido podría salir de mi escondite y apoderarme de él; pero por desgracia mía me enredé en los pliegues de mi capa y caí al suelo; entonces el hombre huyó ligero como el viento; me levanté corrí tras él y mientras iba corriendo toqué mi trompeta. En el momento mismo me contestaron los pitos de las patrullas; todo se conmovió; por todas partes se vió el ruido de las armas y las pisadas de los caballos. ¡Aquí! ¡aquí! gritaba yo con toda la fuerza de mi pulmón; ¡Desgrais, Desgrais! las calles repetían el eco de mi voz. Aun á la claridad de la luna pude ver al hombre corriendo delante de mí y pude tener mucho cuidado de las vueltas que daba para huir; por último llegamos á la calle de la

Nicaise, donde pareció que le faltaba completamente la fuerza para correr; yo entonces redoblé mi energía; en este tiempo me llevaría unos quince pasos de ventaja cuando mas...

—Le cogisteis; os apoderasteis de él; vino la patrulla... murmuró La Regnie mirando á Desgrais con los ojos muy abiertos y cogiéndole por el brazo como si hubiera sido el asesino fugitivo.

—Quince pasos cuando mas, continuó diciendo Desgrais con una voz cavernosa y tan agitado, que apenas podía respirar, entonces el fugitivo pasó del lado en que daba la luna al lado de la sombra y desapareció por la pared.

—¿Estais loco? dijo La Regnie indignado y desconcertado al oírle hablar así.

(Se continuará.)

LA RAMILLETERA DE VALDEMORO.

I.

Muchos recordarán sin duda á una joven de diez y ocho á veinte años de edad, bella y melancólica, que sentada sobre una piedra á la orilla del camino—poco tiempo despues de haberse

abierto al público la línea de Madrid á Aranjuez—y sin proferir una palabra, esperaba al tren que pasaba todas las mañanas por Valdemoro, para ofrecer en silencio flores á los viajeros.

Era tal el encanto que sin saber por qué ejercía aquella joven sobre los viajeros, que las flores de su canastillo desaparecían en un momento.

Cuando tomaba el dinero que le daban en cambio de las flores, se la oía decir con una voz armoniosa llena de tristeza que penetraba hasta el fondo del corazón:

—¡Gracias!

Y muchas veces una lágrima se deslizaba al mismo tiempo por sus pálidas mejillas.

Sus maneras distinguidas, su rostro encantador todo su aspecto, en fin, demostraba claramente que en aquella pobre ramilletera se encerraba uno de esos crueles dramas de la vida que se representan con tanta frecuencia á nuestro lado sin que nos fijemos en ellos.

Y nada era más cierto.

Impulsados por la curiosidad, por el deseo de conocer el secreto que atormentaba á aquella pobre joven, decidimos pasar algunos días en

Valdemoro y poner en juego todos los medios imaginables para descubrir el misterio.

Alguien ha dicho que hay un Dios para los curiosos, y creemos firmemente que ese alguien tiene razón.

La joven vivía en una modesta casa, á la entrada del pueblo, en compañía de una anciana que había sido criada de su madre.

La anciana era una buena mujer, sencilla y honrada, y bien pronto y sin grandes esfuerzos, nos contó la historia de María, que así se llamaba la joven.

La casa estaba situada, como hemos dicho á la entrada del pueblo. Delante había un pequeño jardín donde María cuidaba las flores que vendía á los viajeros, las cuales muchas veces regaba con sus lágrimas. Detrás, dividido por un pedazo de terreno inculto que en otro tiempo también había sido jardín, se veía una gran casa medio arruinada, ó por mejor decir, cuasi arruinada, donde las parietarias habían establecido sus reales, desde hacía mucho tiempo.

II.

María era hija de un capitán muerto en la guerra civil, el cual como se había casado siendo alférez no pudo dejar á su familia ninguna pensión.

La madre de María, que era de noble familia, tenía una parienta muy rica, que por capricho vivía en Valdemoro; y fué con su hija á pedirla un asilo.

La señora de Guzman recibió á sus parientas con mucho placer.

La señora de Guzman tenía un hijo de alguna edad mas que María llamado Alberto.

María y Alberto siempre juntos, empezaron por amarse fraternalmente; después un sentimiento mas vivo vino á reemplazar á aquel fraternal cariño y los árboles del jardín escucharon mas de una vez muchas protestas de fidelidad y de amor eterno.

Alberto tenía diez y ocho años, María quince.

La señora de Guzman dispuso que su hijo fuese á pasar una temporada á Madrid.



Felipe II, al principio de su reinado.

Los dos enamorados se repitieron mil veces los mismos juramentos, las mismas promesas. Se escribirían todos los días mientras estuviesen separados; pero aquella separación sería corta, porque él prometió volver muy pronto para no separarse jamás.

Alberto cumplió su palabra. Todos los días escribía dos cartas, una para su madre, otra para una anciana criada que lo había visto nacer y que lo amaba como si hubiera sido hijo suyo.

En esta última carta venía siempre un billete para María.

La pobre joven cuando recibía su billete se ocultaba en la mas espesa alameda del jardín y allí le devoraba.

María era muy feliz. Alberto la amaba cada día mas; la ausencia en vez de disminuir su amor lo había aumentado extraordinariamente. Por lo menos sus cartas eran cada día mas tiernas, mas amorosas, llenas de dulces ilusiones, de proyectos y esperanzas, todo descrito con esa gran elocuencia del corazón que no se puede fingir.

Así se pasaron seis meses.

Al séptimo los billetes no llegaban ya todos los días, y cuando llegaban no estaban escritos con tanta pasión.

Alberto tenía mucho que hacer.

El círculo de sus conocimientos se había agrandado mucho, su posición en el mundo le imponía deberes que no podía dejar de cumplir, y le faltaba tiempo para escribir todos los días.

María sintió un dolor agudo en el corazón. Un amargo presentimiento la decía que su felicidad había desaparecido, que aquellos juramentos, que aquellas protestas de amor que Alberto le había hecho, se habían desvanecido como las nieves del invierno.

María también se ocultaba entonces en la mas espesa alameda del jardín; pero era para llorar.

Las cartas cesaron de todo.

Alberto solo escribía de cuando en cuando á su madre, pero en aquellas cartas nunca había una palabra para la pobre María.

III.

La madre de María había muerto. La señora de Guzman no tardó en seguir á su parienta á la tumba, pero murió de repente sin poder hacer testamento y María se encontró sola y desamparada.



La comisión científica del Pacífico.—Exploración de un río.

La anciana criada confidenta de sus amores, que vivía en una pequeña casa que su ama le había cedido, la recogió.

Alberto no vino al pueblo, temía encontrarse con María y mandó vender to los los bienes que tenía en Valdemoro escepto la casa donde había vivido su madre y la casita donde vivía la anciana criada.

María, á pesar de aquel abandono y de aquella cruel ingratitud, no había olvidado á Alberto. En el fondo de su corazón había alguna esperanza oculta, de que tal vez algun día vendría á buscarla.

Muchas veces se la veía pasar sin la menor transición de la mas loca alegría á la mas dolorosa desesperacion.

IV.

La anciana criada había escrito muchas veces á Alberto pero no había obtenido contestacion.

Despues supieron que Alberto estaba en Londres.

María para no ser gravosa á Gertrudis cuidaba y vendía las flores del pequeño jardín. María esperaba siempre.

¡Con cuánta ansiedad esperaba al tren!... ¡Con cuánto dolor lo veía partir!...

Y recogiendo su canastillo se volvía triste á su casa murmurando:

—¡Tampoco hoy, Dios mio!... ¿Si me habrá olvidado enteramente?

Pero una voz secreta, misteriosa y consoladora le decia:

—Espera.

—¡Oh!... siempre esperar, Dios mio... Y así los dias suceden á los dias y yo me siento morir.

Esto fue lo que nos contó la anciana criada, la buena Gertrudis.

V.

Dos años despues volvíamos de un largo viaje al extranjero, y al pasar por Valdemoro nos acordamos de la bella florera y nos quedamos para saber noticias suyas.

Nos dirigimos á la casa de Gertrudis, y con gran sorpresa la encontramos trasformada en una preciosa quinta rodeada de un delicioso jardín.

Nos acercamos, y llamando preguntamos á un jóven que habria la puerta:

—¿La señora Gertrudis?...

—Está en Madrid.

—¿En Madrid!...

—Sí, señor;—añade el jóven,—en Madrid... La señora Gertrudis no se separa nunca de la señora marquesa.

—¿De la señora marquesa!... ¿De qué marquesa!...

—De la señora de Prado—hermoso... ¿No sabe usted que la señorita María se ha casado hace mas de un año con el señor marqués de Prado—hermoso?

—No.

—Es una verdadera historia.

—¿Quiere usted contárnela, le dijimos.

—Con mucho placer, respondió el jóven.

Y nos hizo sentar debajo de un emparrado que había delante de la puerta.

—La señora María—empezó á decir el jóven—era hija...

—No se canse usted en decirme de quien era hija, ya lo se.

—¿Sabe usted que se quedó pobre, muy pobre?...

—Sí, y que vendía flores, y que amaba al hijo de la señora de Guzman, y que el hijo de la señora de Guzman la olvidó...

—¡Oh!... ¡Diablo!... y que enterado está usted. Entonces solo tengo que decirle, que el señorito Alberto se casó allá en una tierra muy lejos...

—Sí, en Londres...

—Eso es... ¡usted lo sabe todo!... Pues sí señor, se casó en esa tierra que usted ha dicho, con una comedianta. Cuando lo supo María se

puso muy mala, muy mala; el médico dijo que no había remedio para ella y que cualquier dia se moriria... Pero no se murió... Parece ser, que otro médico, que tenía mejores medicinas que el doctor del pueblo, la curó muy pronto y sin jaropes. La señora Gertrudis la llevaba todos los dias á sentarse á la orilla del camino, sobre la misma piedra que se sentaba cuando vendía flores á los pasajeros. La pobre jóven estaba muy triste; lloraba á cada paso... pero estaba mucho mas hermosa que nunca. ¡Oh! ¡si usted la hubiera visto con los ojos tan lánguidos, mirando con una dulzura!... Parecía un ángel. La corte estaba en Aranjuez: todos los dias venia el tren lleno de señores que iban á ver á los reyes ó á los ministros. Entre ellos había un marqués muy rico, muy buen mozo y bueno que se había enamorado perdidamente de María. ¡Yo no se cómo se la compuso!... El resultado fue que el señor marqués vino á pasar una temporada en el pueblo, que consoló á María y que como el señor marqués era por todos estilos mucho mejor que el señorito Alberto, María no tardó en consolarse... El señorito Alberto se había portado muy mal con ella; el señor marqués le ofreció su título y sus riquezas á mas de un inmenso amor: María aceptó. Un mes despues ya estaban en Madrid casados. Tiene un gran palacio, muchos criados y muchos coches y su marido la ama cada dia mas. Ha comprado esta casa, y cuando viene á ella, que es con mucha frecuencia, va á sentarse sobre la misma piedra que se sentaba cuando era pobre y desgraciada. No vaya usted á creer que se ha vuelto orgullosa, al contrario, es mas amable que nunca, y como su marido la da cuanto quiere, es la providencia de los pobres.

VI.

La bella ramilleteira de Valdemoro es en el dia una de las señoras mas elegantes de la corte, y muchos de nuestros lectores estamos seguros que han contemplado estasiados su belleza cuando se presenta por las tardes en la Fuente Castellana en su magnífica carretela, ó por las noches en su platea del Teatro Real. Sobre todo es feliz porque su marido, con su inmenso amor, la ha hecho olvidar la horrible ingratitud de Alberto.

Esto era lo que la voz misteriosa y consoladora le decia que esperara.

JOSÉ MARÍA CUENCA.

LA COMISION CIENTÍFICA DEL PACÍFICO.

La comision científica española ha llegado al Pacífico con toda felicidad. Las mas estensas noticias últimas que se han recibido datan de Rio Janeiro. En todas partes son los individuos que la componen recibidos con entusiasmo. Los naturalistas recorren los alrededores de las ciudades, ya á pie, ya á caballo, ya en palanquin, ya haciendo exploraciones por las montañas ó remontándose por los rios con auxilio de los naturales. Es de esperar que á su vuelta publicarán todos importantes trabajos de zoología, mineralogía, botánica y etnografía. Al propio tiempo nuestros bizarros marinos hacen otros estudios no menos importantes, levantando á buen lugar nuestro pabellon.

EL COLOR DE LOS HOMBRES.

¿De dónde proceden las diferencias de color entre los hombres? No vacilamos en responder que de su mayor ó menor proximidad al sol; contestacion fundada en el hecho general de que la mayor parte de las razas negras habitan las regiones intertropicales. Conviene recordar tambien que la elevacion sobre el nivel del mar equivale en esas regiones á una aproximacion al polo mas cercano. De ahí dimana que, en un mismo distrito, las llanuras y los valles estén ocupados por tribus de piel negra y las montañas por hombres de piel blanca.

Un exámen minucioso ha demostrado la no existencia de esa pretendida diferencia anatómica. Algunos pormenores acerca de la estructura de la piel bastarán para hacerlo comprender á la generalidad de nuestros lectores. La piel está formada por tres tejidos sobrepuestos, cuyo exterior es la epidermis, el intermedio la red mucosa, y el mas profundo el dermis ó la piel propiamente llamada así.—La capa intermedia (el tejido mucoso) se consideraba como el asiento del color, completamente desarrollado en el negro, apenas perceptible en el blanco, y enteramente ausente en los albinos. El microscopio ha demostrado que la red mucosa no era mas que la superficie interna de la epidermis. Henle, Purkinge, Schwan y otros anatómicos han hecho ver perfectamente que la piel es por organizacion la misma en todas las variedades del género humano, y que se reducen á dos capas únicamente, la epidermis y el dermis ó verdadera piel.—La epidermis, semejante á la corteza de un árbol, compensa la falta de sus paredes exteriores por una adición á su superficie interior, y esta superficie interna es la que forma el asiento del color. Sean las que fueren, pues, las diferencias de organizacion, la verdadera piel tiene el mismo color entre todos los hombres.

LA JUVENTUD DE FELIPE II.

Su juventud fue poco mas ó menos lo mismo que su edad madura. Entregado continuamente á guerras, en valde intentaba desembarazarse de sus enemigos exteriores. Heredó desde luego de su padre la guerra contra la Francia, si bien tenía las mejores tropas de Europa, y los mas ilustres capitanes para sostenerla con reputacion. Las operaciones militares empezaron por el bloqueo de San Quintin, plaza fuerte sobre el rio Soma. Adelantábase el sitio con el mayor empeño, cuando se dejó ver el ejército francés que venia al socorro de la plaza; pero salieron á su encuentro los tercios españoles mandados por Filiberto, duque de Saboya, y atacándole con sumo valor le derrotaron completamente. Noticioso don Felipe de este suceso pasó desde Flandes al campo, y estrechando el sitio de la plaza se apoderó de ella por asalto en cuatro dias, é hizo pasar á cuchillo toda su guarnicion. Tales fueron los primeros sucesos del reinado de Felipe II.

LA SERPIENTE EN LAS BELLAS ARTES.

La agilidad y prontitud de todos los movimientos de este reptil determinaron sin duda á los autores de la mitología egipcia y griega, á escogerlo por símbolo de la velocidad del tiempo, y de la rapidez con que se suceden los siglos: hé aquí por qué la dieron por emblema á Saturno, que designa el tiempo; y hé aquí tambien por qué la figuraron mordiéndose la cola, y formando un círculo perfecto, para pintar la sucesion infinita de los siglos de los siglos, para espresar esa duracion eterna, cuyos instantes huyen con tanta velocidad, y cuyo conjunto no tiene principio ni fin. Los habitantes de Menfis y los pueblos de Méjico han buscado en la serpiente el mismo símbolo.

Las serpientes han suministrado muchos otros emblemas, sacados de las cualidades que en el mismo animal han supuesto. Bajo su forma era adorado Esculapio en el templo de Epidauro: su prudencia le valió el estar colocada junto y en torno del espejo de la Prudencia; y si Cadmo y otros varios héroes fueron trasformados en serpientes, depende de que se quiso designar la duracion de su gloria por la duracion de la vida de aquellos reptiles. Bajo otro punto de vista muy diferente, las Euménides, la Discordia y la Envidia han tomado en ellas el signo de sus espantosas pasiones. Júpiter, en otra de sus amorosas estratagemas, se cubrió con la belleza de su ropaje, etc. Todas estas ideas, hijas de la ignorancia, de la supersticion y del temor han acarreado á la serpiente los honores

divinos; así es que en varias comarcas del antiguo y del nuevo mundo tienen aquellos animales templos, sacerdotes y víctimas. La hidra de Lerna y sus siete cabezas son una ficción de los poetas; pero es cierto que alguna vez se han visto serpientes con dos cabezas. Aristóteles y Eliano hablan de ellas; y una se conservaba embalsamada en el gabinete de Aldrovando. Redicó una viva en las orillas del Arno (Italia). Las dos cabezas y los dos cuellos eran exactamente iguales en grosor y en longitud. Cada cabeza tenía dos ojos, una lengua ahorquillada, y la semejanza era perfecta. El citado naturalista conservó aquel animal vivo por espacio de un mes. La cabeza derecha murió siete horas antes que la izquierda. Dicha culebra no era venenosa, y según parece era afine de la serpiente de collar.

EL AMOR PATRIO.

¡Patria! nombre feliz, númen divino
Eterna fuente de virtud en donde
Su inextinguible ardor beben los buenos.
Quintana.

¡Oh instinto poderoso
Del patrio amor que en nuestras almas vive!
¡Afecto generoso
Que innato se percibe;
Pues con su vida el hombre lo recibe!
Eres tu para el hombre
Virtud sublime que en deber convierte;
Y con ella el renombre
Alcanza en la lid fuerte;
Y por tí se eterniza con la muerte.
Estímulo glorioso
Eres del genio que por tí fecundo,
Se eleva magestuoso,
Para mostrar al mundo
Claros destellos de saber profundo.
Tú das vida al guerrero,
Al inspirado artista y al poeta;
Y así, su invicto acero
El extraño respeta,
Y su lira le encanta y su paleta.
Tu aliento soberano,
Vive en la edad de la pasión, ardiente;
Tranquilo en el anciano,
Y dulce tristemente
En el que habita de su patria ausente.
¿Qué mayor complacencia
Puede sentir el corazón que tierno
Recuerda en larga ausencia
La velada de invierno
De su niñez en el hogar paterno?
Tal vez á gran distancia
De aquel suelo feliz, patria querida,
Recuerda de su infancia
Fugaz dicha perdida;
El mas puro perfume de la vida.
Quizás recuerda el triste
Sus campiñas, sus juegos, sus amores,
Su madre que no existe,
Sus cantos movedores,
Y la tumba do yacen sus mayores.
Tierra extraña, distante,
Cual proscrito tal vez, su planta huella;
Y solitario, errante,
Do quier, vagando en ella,
Con el alma apenada se querella.
—«A esta fértil pradera,
A este cielo, á este monte y selva umbría,
¿Quién negarles pudiera
Su encanto y lozanía?
Mas ¡ay! no son los de la patria mía!
«Todo aquí me da enojos,
Mústio es el prado y nebuloso el cielo,
Y nada ven mis ojos;
El alma aquí es de hielo,
Y nada al corazón dice este suelo.
«Aquí hasta el dulce aroma
De las flores no halaga mis sentidos,
Extraño es el idioma
Que llega á mis oídos;
Y estas auras no entienden mis gemidos.»
¡Cuán dichoso enciendo
Aquel que en sus mudanzas la fortuna,
De su pueblo nativo

No aleja en hora alguna,
Y su sepulcro ve donde su cuna!
Preguntad al anciano
Que otro cielo jamás vieron sus ojos
Que el suyo, si el insano
Pensamiento da enojos
De que otra tierra guarde sus despojos.
Cuanto el nauta en su nave
De su patria las playas abandona,
Hincha el aura suave
A la temblante lona
Para impedirlo á la apartada zona.
¿Su corazón no hiela
Entonces un importuno pensamiento?
¿Acaso no recela
En tan triste momento
De las iras del turbido elemento?
Mas ved que ya retorna:
¡Con cuántas galas al nativo suelo
En la ausencia se adorna!
¡Sigue nave, tu vuelo!
¡Ah qué inmenso es el mar para su anhelo!
¡Tierra! ¡tierra!... ¡Oh fortuna!
Ya la brisa natal su faz orea,
La que mecía su cuna;
Y ya á la luz febea
De su patria en las costas se recrea.
Salud, oh patrios lares,
Patria amiga, ¡salud! Rompe ligera
El cristal de los mares,
Navecilla velera,
Que el pariente, el amigo allí te espera.
¡Oh momento soñado!
Cuántos recuerdos encantados hace
Brotar el suelo amado.
¡Oh cuánto se complace!
¿Qué otro suelo que aquel donde se nace?
Así la golondrina
Que el dulce nido abandonó, gozosa,
Sobre las ramas trina,
En la estación hermosa;
Cuando vuelve á su patria, presurosa.
¿Qué inmensa desventura
Es comparable á la que el alma apena
Cuando la suerte dura,
Proscrito á patria agena,
En sus fallos al hombre lo condena?
¿Cómo arranca doliente
Hondo suspiro al infeliz monarca
Que deja la corriente
De su Génil, y abarea
La fértil extensión de su comarca!
Oíd el lastimero
Del triste vate que en el Ponto gime,
De Ovidio, allí extranjero
¡Cual la noche sublime
De su partida el corazón le oprime!
¿Y qué consuelo templa
La desdicha cruel, porque ella es sola,
Del triste que contempla
Al bárbaro que asola
Su patria, y luego á la ambición la inmola?
¿O bien del yugo esquivo,
Sufriendo en otros climas la inclemencia,
Lamenta, allí cautivo,
En mísera existencia,
De sus campiñas, de su hogar la ausencia?
Así en tiempo ominoso,
El arpa de Sion, en la ribera
Del Eúfrates undoso,
La servidumbre fiera
Gimió del Salemita lastimera.
¡Oh! deidad venerada,
Patria, objeto de amor, móvil potente
De la acción sublimada;
Por tí, noble se siente
El pecho mas vulgar, menos ardiente.
¡Y cuánto heroico ejemplo
Del entusiasmo patrio, que la gloria
Eterniza en su templo,
De abnegación notoria,
Registran ya los siglos en su historia!
¿Qué otra mayor alcanza
A la de Curcio, el juvenil patricio,
Que en su corcel se lanza
Al hondo precipicio,
Por su Roma en sublime sacrificio?
Escévo'a atrevido
El golpe matador yerra al de Etruria

Que á su patria ha ofendido:
No vengando la injuria
Su diestra quema por su torpe furia.
Mirad al espartano
Celebrar sus exequias con Leonidas,
por su patria, no en vano,
Temiendo que sus vidas
Serán en las Termópilas perdidas.
Recordad la constancia
Ante Roma soberbia en sus enojos,
De la heroica Numancia
Que cual Sagunto, rojos
Al incendio, le entrega sus despojos.
¿Quién los héroes produce?
¿Quién enciende en ardor los corazones?
¿Quién al campo conduce
Los fuertes infanzones
Y los trueca en indómitos leones?
¿A quién en holocausto,
Oh patria, sino á tí, su sangre hirviente
En el combate infausto,
Ofrece el combatiente
Que por tu fama el sucumbir no siente?
Vé que osado te injuria
Poder extraño, y en su orgullo herido,
Despiértase su furia,
Y de entusiasmo henchido,
O vence ó exala su postrer gemido.
¿Quién al áspero Auseva,
Lanzando el grito de venganza fiero,
Al gran Pelayo eleva?
¿Y quién su invicto acero,
Fulmina contra el árabe altanero!
¿Quién conserva la herencia
De heroico esfuerzo y de valor constante
De noble independencia
El anhelo incesante,
En su raza de milites gigantes?
A consumir la empresa,
La titánica lid de siglos tantos,
¿Quién lleva á la Princesa
En sus anhelos santos,
Del moro á la ciudad de los encantos?
Nadie, oh patria, te niega:
Su tributo de amor; quién no te ofrece?
El que á olvidarte llega,
Indigno se envilece;
El nombre de hijo tuyo no merece.
¡Ay cuánto de mancilla
Al conde alevé y vengativo alcanza!
De la africana orilla
Contra su patria lanza
Al árabe feroz, á la venganza.
Mas, ¡oh contraste inmenso!
Mirad la lucha del dolor prolijo
De aquel padre, suspenso
Entre el amor del hijo
Y el que tiene en su patria siempre fijo.
¡Oh grandioso holocausto!
El mismo heroico, su puñal presenta
Al libico, que infausto,
En su saña cruenta,
Teñido en sangre de su sangre ostenta!
Oh España, patria mía,
Nobles ejemplos de su amor te ofrecen
Tus hijos á porfía,
Con ellos se envanecen
Y de su madre nunca desmerecen.
Vive en ellos profundo
A un eco de tu voz, si es de venganza,
Su valor tremebundo
Al palanque los lanza
Y el duro agravio su castigo alcanza.
Si es de júbilo, ufanos
Unen al tuyo su placer; se inflaman
De orgullo, como hermanos
Que á tierna madre aman:
Con sus ardientes vítores te aclaman.
¡Pluguiese á Dios su grita
En tu templo jamás de otra manera
Que así, patria bendita,
Levantarse pudiera,
Huyendo siempre á la discordia fiera!
¿Quién al mundo laureles
Cual los que ciñes á tu sien, le muestra?
¿Y quién, hijos tan fieles
En la feral palestra?
¿Quién la lanza invencible de tu diestra?
Feliz el que en tu suelo



La diversidad y el color de los hombres.

Vió su cuna mecer! ¡Oh cuán felice
El que con puro anhelo
Hijo tuyo se dice,
Y su amor te consagra y te bendice!

ANGEL LASSO DE LA VEGA.

ACTUALIDADES.

El Ateneo de la clase obrera en Barcelona tendrá durante todo el año 1863 abiertas las mismas cátedras que ha tenido durante el 62, aumentándolas tal vez en breve con una de matemáticas. Se procede también á la organización de un coro. Deseoso además de dar toda la protección posible á las letras catalanas, ofrecerá al consistorio de los juegos florales, en cuanto se constituya, un arpa de plata como premio á un tema que determinará á su tiempo la junta de gobierno. Solo se espera la aprobación definitiva de su reglamento para proceder á la organización del certámen y de la exposición proyectada. Se piensa también en la creación de una biblioteca popular y en varios concursos obreros, en los que se adjudicarán premios á los que se distingan mas en la fabricación de ciertos artefactos. También el casino de artesanos recientemente organizado en Cáceres va aumentando su naciente biblioteca con nuevos libros que le regalan varias personas de la población que se interesan por la prosperidad de aquella corporación. Sabemos que

algunas personas establecidas en Madrid y que tienen simpatías por aquella provincia, y algunos escritores públicos que se interesan por las clases trabajadoras que desean ilustrarse, piensan enviar también algunos libros.

Sería digno de aplauso que en todas las poblaciones se establecieran asociaciones y bibliotecas de este género, lo que se lograría con facilidad solo con tomar la iniciativa algunas personas influyentes. Así y no de otro modo se contribuye al bienestar y á la instrucción del pueblo.

La publicación que con el título de *Joyas de la literatura española* se va á publicar en Cádiz, no tiene nada que ver en cuanto á su índole con la que con igual título inició en Madrid D. Florencio Janer en 1858, solo para publicar y reproducir libros y códices de la edad media, y que si bien quedó en suspenso es de esperar continúe á su debido tiempo.

A juzgar por el primer número de *El Museo Universal*, que inicia los trabajos literarios y artísticos que ofrecerá á sus lectores en el presente año, las mejoras que cada día recibe son sumamente notables. Las revistas de la semana, debidas al docto crítico y conocido literato señor Fernandez Cuesta, abrazan toda clase

de noticias, salpicadas con oportunas reflexiones al par que con graciosas consideraciones, ya sean dignas del epigrama ó del maduro examen de los lectores. Estas revistas por sí solas merecen todo el interés de los suscritores, pero segun parece, á las ya muy acreditadas plumas de los señores Fernandez y Gonzalez, Ruiz Aguilera, Rada y Delgado y otros colaboradores de *El Museo Universal* desde su fundación, se agregarán las de los demás distinguidos vates que completan la moderna república literaria. El primer número del presente año, que tenemos á la vista, contiene preciosos grabados y producciones literarias de don José Amador de los Rios, don Juan Eugenio Hartzenbusch, don Cayetano Rossell y otros escritores de nota, debiendo insertarse en breve notabilísimos trabajos de los señores don Modesto Lafuente, don Miguel Agustín Príncipe, y demás literatos de mayor nombradía.

Presentados cuatro proyectos de edificio para ministerio de Fomento y sus dependencias generales, en virtud del concurso convocado en cumplimiento de la real orden de 31 de julio de 1862, y con arreglo al programa de la misma fecha, S. M. la reina se ha dignado nombrar al duque de Rivas presidente, y á don Antolin Udaeta, don Lucio del Valle, don Juan Bautista Peironet y don Bruno Fernandez de los Ronderos, vocales del jurado que ha de calificar los mencionados proyectos, segun previene el artículo 8.º de aquel programa. El señor ministro de Fomento no olvida, segun ha asegurado recientemente á diversos individuos del Cuerpo Facultativo de Archiveros-Bibliotecarios del Reino, la pronta construcción del edificio que debe contener la Biblioteca Nacional, el Museo Nacional de pinturas y el Museo Nacional de Antigüedades.

La Real Academia de la Historia ha publicado recientemente una *Memoria arqueológico-descriptiva del anfiteatro de Itálica*, acompañada del plano y restauración del mismo edificio, interesante y docto trabajo debido al arquitecto don Demetrio de los Rios, catedrático de la Escuela de Bellas Artes de Sevilla.

Segun tenemos entendido, el gobierno de S. M. el rey de Portugal, piensa conceder ó ha concedido ya alguna distinción honorífica á literatos y hombres científicos de nuestro país. El gobierno español debía hacer otro tanto, sobre todo con ciertos escritores franceses, que no imitando la conducta de algunos periodistas, procuran por su parte ensalzar las cosas de España y dar á conocer en su idioma los libros de historia y literatura española.

En París se obtienen cada vez mejores resultados de las impresiones litofotográficas, ó sea sobre piedra por medio de la fotografía, habiendo publicado el célebre litógrafo Mr. Lemerrier numerosas láminas, junto con los señores Lerebours, Barreswil y Davanne. Bien es verdad que los talleres litográficos de Lemerrier, y su imprenta establecida en París (rue de Seine 57), son de los primeros de Europa.

Por todo lo no firmado J. GASPAR,
Editor responsable, Fernando Gaspar.

ADVERTENCIA. Las suscripciones se hacen solo por un año ó por seis meses. —Las de año concluirán el último de febrero y las de seis meses á fin de agosto próximo. —Las reclamaciones por pérdida de un número, se atenderán solo durante los primeros 15 dias después de su publicación.

PUNTOS DE SUSCRICION. MADRID: Librería de Gaspar y Roig, Príncipe, 4; de Matute, Carretas, 6; de Leocadio Lopez, Carmen, 29; de Cuesta, Carretas, 9; de San Martín, Victoria, 9; de Sanchez Rubio, Carretas, 31; Moro, Puerta del Sol; Duran, Carrera de San Gerónimo; Doehao, calle de Jacometrezo, 63, y en la Publicidad, pasaje de Matheu.

En Provincias, Etranjero y Américas en casa de los corresponsales de los editores Gaspar y Roig, donde se suscribe á la BIBLIOTECA ILUSTRADA, y mandando libranzas ó sellos de Correos.

MADRID: Imp. de Gaspar y Roig.